EDUARDO ZAMACOIS

NOCHEBUENA

COMEDIA EN UN ACTO

Copyright, by Eduardo Zamacois, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

15

Para Manuel Moreno.
afectuoso recuerdo de su
muy amigo,
Eduardo Ramacois

1909.

NOCHEBUENA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

NOCHEBUENA

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

EDUARDO ZAMACOIS

Estrenada en el TEATRO ROMEA el 23 de Diciembre de 1908

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA AYA, 11

Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ALICIA, 25 años	SRTA. VALDIVIA.
ELENA, 25 íd.	SRA. EZQUERRA.
VICTORIA, 18 íd.	MONTALT.
ÁNGELES, 45 íd. (Viste de negro y con gran modestia)	CORONA.
CONSUELO (Criada joven)	ESTERG.
MARTA	ENVID.
ROBERTO, 40 años. (Hombre de mundo)	SR. BROCHADO (*)

ÉPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda, las del actor

(*) Habiéndose separado poco después de la compañía el Sr. Brochado, se encargó de este papel el Sr. Palacios.

Se ruega á las actrices una gran distinción de ademanes, y en sus trajes y sombreros una elegancia algo llamativa.

ACTO UNICO

Gabinete en casa de Alicia. A la izquierda y al fondo puertas. A la derecha un balcón. Chimenea encendida á la izquierda. Teléfono.

Los muebles serán elegantes y muy modernos. Decorarán la pared cuadros de bazar, retratos, etc. Un verdadero gabinete de «cortesana», en donde todo será bonito, un poco barroco y frívolo, con esa frivolidad de las casas amuebladas de prisa.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Luego aparecen por la izquierda Alicia y Marta, detrás Angeles, que se sentará junto á la chimenea y guardará durante las dos primeras escenas una actitud indiferente.

Es de día.

ESCENA PRIMERA

ALICIA, ANGELES y MARTA

ALICIA (Risueña, envolvente.) Pues, ya le digo á usted; hoy, imposible... demasiado sabe usted cómo vivimos nosotras los quince últimos días de mes.

MAR. Sí, sí...

ALICIA De milagro, ¿verdad? Además, estas fiestas pascuales traen consigo tantos gastos...

MAR. Entonces dice usted que vuelva...

ALICIA A primeros de año.

MAR. ¿El día dos?

ALICIA Sí; es decir, espere usted; el día dos es...

MAR. Sábado.

678290

ALICIA Justamente, sábado, domingo... Venga usted el cinco; el martes.

MAR. Bien, bien.

ALICIA Vaya usted tranquila, ¿eh?...

MAR. ¡Por Dios, señorita Alicia, acuérdese usted de mí!

ALICIA Sí, mujer.

MAR. Ya sabe usted que son cuatrocientas veinticinco pesetas.

ALICIA Sí.

MAR. Doscientas pesetas el sombrero violeta con amazonas blancas.

ALICIA Cien pesetas el negro.

MAR. Cien del azul.

ALICIA Y veinticinco por la compostura de la gorrilla. Estamos de acuerdo.

MAR. Eso es. Con que, señorita, la deseo á usted una Nochebuena muy buena, muy alegre.

ALICIA Gracias, Marta. Que pase usted felices pascuas.

MAR. Un recadito al señor marqués.

ALICIA Gracias.

MAR. Y... ¡hasta el año que viene!

ALICIA El día cinco.

MAR. Ya lo sé, el martes... Adiós, señorita Alicia. (Ya desde la puerta del foro, á Angeles.) Páselo usted bien.

ANG. (Displicente.) Adiós.

ALICIA Adiós, adiós. . (Levantando la voz.) ¡Consuelo!... Acompaña á esta señora. (Alicia se detiene á retocarse los cabellos ante un espejo. Pausa.)

ANG. Bien ha machacado, bien. ¡Pensé que no se iba!...

ESCENA II

ALICIA, ANGELES y CONSUELO

CON. (Aparece por la puerta del fondo.) Señorita, esta tarjeta.

ALICIA ¿Nada más?

CON. Con seis botellas de Champagne.

ALICIA Eso ya es algo.

CON. ¿Quiere usted verlas?

ALICIA ¿Para qué? Déjalas en el comedor. Oye... ¿se fué el hombre que las trajo?

CON. Sí, señorita.

ALICIA ¿Le diste propina?

CON. Dos pesetas.

ALICIA Bien. (Se dirige hacia la chimenea.)

ANG. ¿De quién son esas botellas?

ALICIA Del marqués. (Le da la tarjeta.)

ANG. ¡Ya!...

ALICIA (A Consuelo, que habrá permanecido cerca de la puerta y que hará ademán de marcharse.) Oye, Consuelo...

CON. Señorita.

ALICIA Da luz. (Vase Consuelo.)

ESCENA III

ALICIA y ANGELES sentadas delante de la chimenea

ANG. ¿Recibiste muchos regalos?

ALICIA Muchos. Un pavo, dos capones, y de mazapanes, turrones y almendras, quince ó veinte kilos. Tengo buenos amigos.

ANG. ¡Bah, los hombres!

ALICIA ¡Psch!...

ANG. Para la mujer que, como tú, está en moda, no hay hombre malo. Pero después, después...

ALICIA Es verdad. (Recobrando su vivacidad.) El frío promete pegar de firme esta noche. ¡Demonio!... Luego esta chimenea maldita no calienta.

ANG. Yo prefiero el brasero clásico.

ALICIA Y acaso tengas razón.

ANG. Además, estas chimeneas gastan mucho.

ALICIA Bastante.

ANG. ¿Cuánto te cuesta la tuya?

ALICIA No sé... unas dos pesetas diarias...

ANG. ¡Qué horror!

ALICIA Sí... pero ¡bah!... Una chimenea abriga más, mucho más que una amistad... ¡y suele costar bastante menos! (Ríe.)

ANG. ¡A quién se lo vienes á decir! (Pausa.) ¿Dónde cenas esta noche?

ALICIA Aquí.

ANG ¿Con tu marqués?

ALICIA Sí. También espero á Roberto; pero si viene estando el otro, Consuelo le despedirá. Es cosa convenida. El marqués se marchará entre doce y una de la mañana, como siempre, y á las dos vendrá Ricardito.

ANG. Tu *bebé*.

ALICIA Mi *bebé*; el niño de mi alma, mi juguete.

ANG. ¡Tu juguete!... (Ríe con risa desengañada y bondadosa) ¡Tu juguete!... Yo también, a tus años, tuve juguetes de esos.

ALICIA ¿Y se rompieron?

ANG. Todos.

ALICIA Ricardo no es de esos. Me quiere; yo que conozco bien á los hombres, te lo aseguro. Me quiere. ¡Si le vieses!... ¡Pobre *bebé!* Cuando riño con él y le amenazo con despedirle se echa á llorar.

ANG. ¡Con tal que luego, cuando seas tú la que llore él no se ría!

ALICIA No.

ANG. ¿Qué edad tiene?

ALICIA Dieciocho años. ¡Un amorcillo!

ANG. ¿Estudiante?

ALICIA Sí.

ANG. ¿Y de acá? (Haciendo resbalar el pulgar sobre el índice.)

ALICIA Ni un céntimo.

ANG. (Sonriendo) Sí, mozo y pobre, debe ser bueno. Sí, mira... acaso aciertes... porque en dieciocho años no ha tenido tiempo de aprender á ser hombre. ¡Y eso que en esto, como en todo, hay precocidades, «niños prodigios!»

ALICIA Ya, ya...

ANG. ¿Nunca te ha pedido dinero?

ALICIA Nunca.

ANG. Porque también los hay...

ALICIA También. (Pausa.) Te advierto que siento hacia Ricardo, más que un verdadero amor de amante, una pasión espiritual de madre, de

protectora. Me gustaría aconsejarle, orientarle, dirigir su vida, servirle á la vez de timón y de escudo. Tú conoces las fiebres sensuales de los dieciocho años. Pues bien, muchas noches esquivo sus labios y le obligo á trabajar. ¿Te sabes tus lecciones de mañana?—le digo—¿No?... Pues á estudiarlas ahora mismo. Quiero que estudies, que subas, que brilles en tu carrera. No olvides que soy más vieja que tú y que, el tiempo andando, puedo necesitar de tí. Y el pobrecillo coge los libros...

ANG. ¿Pero tiene sus libros aquí?

ALICIA Los suyos, los que su padre le compró, claro es que los tiene en su casa. Pero yo le he comprado otros iguales. (Ríe.)

ANG. ¡Loca!...

ALICIA Sí; estoy loca por él y en él vivo. ¿Pero hay nada más hermoso, más consolador que vivir fuera de nosotras mismas?... Mientras él estudia, yo, sentada á su lado, leo y pienso en la dulzura de tener un hijo. Algunas veces interrumpe su trabajo para preguntarme:—¿Y después?—¿Cómo después?—le contesto fingiéndome muy irritada.—Después te marchas á tu casa. ¡Pobre *bebé*, y qué esfuerzo me cuesta despedirle! Pero no quiero verle pálido ni caído. Su madre, su misma madre, estoy cierta de que no le cuida más que yo.. ¿No te reirás, Angeles?

ANG. No, no... ¿por qué?

ALICIA ¿No te reirás si te digo que donde más me gusta besar á Ricardo es en los cabellos?

ANG. No, hija mía; tus confesiones no pueden moverme á risa.

ALICIA Ya lo sé.

ANG. ¡Disparate! ¡Al contrario!... ¿No comprendes que todas esas emociones que ahora constituyen para tu almita joven una novedad, son para mi alma, ya vieja y desengañada, un recuerdo?

ALICIA Tal vez...

ANG. Por el camino que tú ahora recorres, pasé yo cantando hace treinta años. Yo también,

pobre Alicia, tuve «mi amor, mi Ricardo»... y como tú, yo le animaba á estudiar, á ser hombre, á ser rico...

ALICIA ¿Y murió?

ANG. Peor que eso. Se cansó de mí. (Todo esto lo dirá Angeles gravemente, pero sin llorar.)

ALICIA Tienes razón; fué mucho peor.

ANG. En fin... ¡Bien está así!... Porque esos desengaños tempranos son para nuestro espíritu una especie de vacuna moral que luego nos preserva de aquellos grandes golpes que, juntamente con la vejez, con los años blancos, nos trae la vida. Yo no tengo alegrías, es cierto, pero tampoco sufro penas graves. Mi Antonio...

ALICIA ¡Es verdad!... Perdona, no me había acordado de preguntarte por él...

ANG. Mi Antonio es un pobre pintor de puertas y ventanas, ya lo sabes...] ¡No me importa!... Yo, que conocí en mis verdes primaveras á tantos reales mozos, me es indiferente... es más... acaso me gusta... que mi compañero de ahora sea feo y desdichado.

] Te he dicho que es pobrado, ¿verdad?...

ALICIA ¡Eres original!

ANG. Sí; porque así me quiere más y le hallo más mío. Es un inferior, bueno y dócil, á quien domo con un simple fruncimiento de cejas. En mi casa con sus techos abohardillados, y sus suelos desnudos, en mi pobre casa fría, yo soy la reina. Ahora cuando yo llegue encontraré la lumbre encendida, la mesa puesta... y un beso lleno de lealtad, para mis labios. ¡Oh!... A mí que fuí tan caprichosa sólo me interesa de los hombres la bondad. ¿Por qué pintan á Luzbel hermoso?... ¡No sabría decírtelo! Pero la experiencia me ha enseñado que únicamente los hombres muy feos, suelen ser buenos...

ALICIA Nosotras también somos buenas, ¿verdad?

ANG. Si no hubiésemos sido inocentes, si no hubiésemos creído en la lealtad del que nos burló, ¿estaríamos donde estamos? Mira... las mujeres sólo se inclinan á ser malas cuando empiezan á creer que los hombres son buenos.

ALICIA ¡Cómo me gustaría vivir sola, sin ver á nadie, á nadie!...

ANG. (Burlona.) Nada más que á Ricardo.

ALICIA Claro es...

ANG. ¡Naturalmente! Pero no te fíes porque la vida tiene ironías terribles. A tu edad soñamos con el amor de un Adonis, y luego, en la vejez, gracias que contemos con la amistad de un jorobado. (Suena un timbre.)

ALICIA Ahí está el marqués.

ANG. Me voy.

ALICIA No, no... espera.

ANG. Me parece que no es tu marqués.

ALICIA Aguarda... calla... (Pausa.)

ANG. (Bajando la voz.) Es voz de mujer.

ALICIA Sí.

ANG. ¿Tienes muchos acreedores?

ALICIA Muchos... oye... (Pausa.) Discuten.

ANG. Ya quien sea se fué.

ALICIA Saldremos de dudas. (Apoya un timbre.)

ESCENA IV

ALICIA, ANGELES, CONSUELO

CON. ¿Llamaba usted?

ALICIA ¿Quién era?

CON. (Sonriendo.) La modista.

ALICIA Quería...

CON. Sí.

ALICIA ¡Es horrible!

ANG. ¿Le debes mucho?

ALICIA No... ¡qué se yo!... unas doscientas pesetas.

ANG. Vamos.

ALICIA ¡Y se la ocurre cobrar hoy, precisamente hoy!...

ANG. ¡Es lógico! ¡Hoy es Nochebuena!

ALICIA Sí... ¡hoy que no tengo una peseta!

CON. Yo la dije que no estaba usted en casa; pero ella había visto en el perchero el impermeable de la señorita, y repuso:—¡Quiá, niña, esa no cuela!—¿Cómo que no cuela?—la repliqué yo.—Y ella dice:—¿Y esto?

ALICIA ¡Claro!

CON. Entonces voy y la digo, bajando la voz, así, como si depositara en ella una confianza muy grande...—¿Usted me comprende? (Ríe.)

ANG. ¡No eres tonta, no!

CON. Conque la digo...—Bueno, la señorita Alicia está en casa, pero no se la puede molestar ahora... porque hay un señor ¡que es título!... Venga usted otro día.— Y se fué... se fué echando demonios por la boca.

ANG. A la portera se lo habrá ido á contar.

ALICIA ¡Canastos con la gente!... Se han creído que soy una sucursal del Banco.

CON. ¿Me necesitan ustedes para algo?

ANG. ¿Qué hora será?

ALICIA (Consultando el reloj de su pulsera.) Van á dar las ocho. (A Consuelo.) ¿Cómo va la cena?

CON. Ya está hecha.

ALICIA ¿Y la cocinera?

CON. Se marchó á media tarde.

ALICIA ¿Y Concha?

CON. También.

ALICIA ¡Y sin decirme nada!... ¡Valiente frescura! Estas criadas con familia son insoportables. ¡Oh! Te lo aseguro...En lo sucesivo todos mis servidores han de ser incluseros. (A Consuelo.) Ya sabes que el marqués cena conmigo.

CON. Sí, señorita.

ALICIA Coge el veladorcito del comedor y ponlo aquí, delante de la chimenea. Despacha volando que es muy tarde.

CON. ¿Pongo dos cubiertos?

ALICIA ¿Pues no acabas de oir que el marqués cena aquí?

CON. ¡Ah! Voy en seguida. (Vase.)

ALICIA (A Angeles.) Ven; para no estorbar á la muchacha nos sentaremos aquí. (Se sientan á la derecha. Mientras hablan, Consuelo entra y sale aderezando la mesa.)

ANG. ¡Qué lindas zapatillas llevas!

ALICIA (Con terror cómico) ¡Cállate, por Dios!

ANG. ¿Por qué?

ALICIA Podría aparecer el zapatero.

ANG. ¡Cómo! ¿No están pagadas?

ALICIA No.

ANG. ¡Demonio de chiquilla!

ALICIA ¿Qué quieres?

ANG. ¿Y la alfombra?

ALICIA ¿Eh?

ANG. ¿Tampoco está pagada?

ALICIA Tampoco.

ANG. (Con admiración cómica.) ¡Hija mía, te admiro!

ALICIA ¿Me admiras?

ANG. Sinceramente. Puedes decir que vives sobre un volcán.

ALICIA No comprendo cómo hay personas que no tengan trampas.

ANG. ¿Pero las hay?...

ALICIA Eso pregunto yo. Porque el presente es algo tan flaco, tan inconsistente, tan desprovisto de sustantividad, que no solo vive de lo pasado, si no que necesita pedirle prestado, y pedirle mucho, al porvenir.

ANG. Así es. Di... ¿nos veremos mañana?

ALICIA Quédate á cenar.

ANG. Con mucho gusto, pero no puedo; ya sabes que Antonio está esperándome.

ALICIA ¡Que espere! Quédate. Aunque el marqués venga, puedes acompañarnos. Luego te vas.

ANG. Si precisamente me gustaría cenar aquí por eso, por acompañarte; porque me parece que tu marqués no vendrá.

ALICIA ¿Crees?

ANG. Creo que no vendrá. Es Nochebuena.

ALICIA ¿Y qué?

ANG. Que es una noche excepcional en la que los maridos no suelen salir de casa.

ALICIA No me le digas.

ANG. ¡Toma! (Pausa. Suenan del lado del balcón y muy distantes, cual si pasasen por la calle, zambombas y tambores.) ¿Oyes? ¡Nochebuena!

ALICIA Sí, el marqués vendrá, le conozco bien. ¡Vendrá tosiendo y renegando del reuma, pero vendrá! ¡Y si no viene peor para él! Vendrá Roberto... y después vendrá Ricardo...

ANG. Mujer prevenida...

ALICIA Vale por muchas. (Suena un timbre.)

ANG. Han llamado.

ALICIA Ahí está el marqués. Quédate. ¿Te quedarás?...
ANG. No, no...
ALICIA No te dejo salir... No te dejo salir...

ESCENA V

ALICIA, ANGELES, ELENA y VICTORIA, que aparecen con gran algazara de voces y de risas

ELENA ¡Alicia!
ALICIA Elena...
VIC. ¿Qué tal? ¡Qué buena sorpresa! (Se besan.)
ELENA ¿Cómo sigue usted? (A Angeles.)
ANG. A sus órdenes. (Se dan las manos.)
ELENA Muchas gracias.
ALICIA (A Victoria por Angeles.) ¿Ustedes se conocen?
VIC. No recuerdo...
ALICIA Mi amiga Victoria, mi amiga Angeles...
ANG. Tengo una verdadera satisfacción...
ALICIA Sentaos, sentaos... ¿De donde venís ahora?
VIC. De correr medio Madrid.
ALICIA ¿En coche?
ELENA ¡Quiá!... A pie...
VIC. A pie, democráticamente. ¿Tú no has salido hoy?
ALICIA Ni ayer.
ELENA Haces mal. Las calles están animadísimas; si llegas á venir con nosotras pasas un buen rato.
VIC. ¿Tienes cigarrillos?
ALICIA Sí.
VIC. Vengan.
ALICIA ¿Cómo los queréis? Los hay de varias pintas: turcos... egipcios...
VIC. Nos es igual. ¿Para qué echárnoslas ahora de exquisitas si no hay hombres delante?
ANG. Tiene usted razón.
ALICIA (Que habrá vuelto á sentarse.) Tomad. (Todas fuman, menos Elena.)
VIC. Enciende tú.
ELENA Gracias, yo no fumo.

ALICIA Pues si he de ser franca con vosotras, debo deciros que en estos días no me atrevo á salir á la calle porque tengo varios *enemigos*... ¿comprendéis?

VIC. Perfectamente.

ALICIA Vulgo, *ingleses*...

ELENA Ni media palabra más.

VIC. ¡Pero es una tontería dejar de salir á la calle porque se tengan acreedores! ¡Qué haría yo entonces?

ELENA ¿Y yo?

VIC. Acabaríamos por envidiar la suerte de las monjas.

ANG. Todo anda muy mal; no hay dinero.

VIC. (A Elena y con marcado interés.) Oye... ¿Mariano el marquesito, te llevó dinero anoche?

ELENA ¡Ah! ¡No!

VIC. Yo le ví á mediodía en la calle de Alcalá, frente á las Calatravas, y al pasar á su lado, muy disimuladamente, le tiré un pellizco. Verás... Sigo andando y al llegar á la esquina de Fornos mi buen Mariano me alcanza. —¿Cómo estás, Victoria?—Vaya usted al cuerno—le digo—lo que ha hecho usted con mi amiga es una porquería.

ELENA Se quedaría tan fresco. ¡Es una lechuga!

VIC. ¡Quiá! Se puso un poco colorado y me dijo: —¿Verás á Elena?—Sí que la veré.—Pues dila que esta noche (por anoche) la mandaré doscientas pesetas.

ELENA ¿Tú las has visto?... ¡Pues yo tampoco!

VIC. ¡Qué indecente!

ALICIA Gentuza...

ANG. La culpa de todo la tiene la falta de dinero.

VIC. Sí, señora; la madre del cordero es esa.

ELENA Yo no soy vieja y sin embargo recuerdo que antes los hombres no eran así; tenían más alegría, más dinero.... ó más coraje para gastarlo... ¡No sé!

ANG. Todo va de mal en peor.

ALICIA Yo tampoco soy vieja y... ¡qué diablos! el primer año que estuve en Madrid ahorré más de cinco mil duros; y ahora, en cambio, tengo la mitad de mis trajes empeñados.

VIC. Y la otra mitad se la debes á la modista. ¡Todas iguales!

ELENA Yo conozco á la *Valenciana* y á Pepa *la Sorda* que ya están ricas, y que seguramente no valieron de jóvenes más que nosotras.

ANG. ¿Y Julia la *Senadora?*

VIC. ¿Y Antonia la *Estirada?*

ELENA ¡Toma! Y como esas un ciento. ¿Y fué ninguna de ellas más guapa que tú ó que yo ó que ésta?... (Por Alicia.) Aquí doña Angeles puede decirlo...

ANG. Yo creo que los hombres fueron y serán siempre iguales.

VIC. Alegrémonos por nuestras hijas.

ANG. Sí, iguales... y eso que á mi edad, como podeis suponer, ya nadie me mira. Pero comprendo que los hombres que para mí son de hielo, para vosotras sean de brasa. ¡Natural! Lo que sucede ahora es que hay mucha hipocresía, mucho vicio oculto...

ALICIA Muchísimo.

ELENA Angeles dice bien. No es que ahora haya menos alegría ó menos dinero ó menos calaveras; los hombres no pueden ser peores de lo que son: lo que ocurre es que hay una epidemia de señoras *diletantis*, que aman por *sport*.

ALICIA ¿Ve alguna de nosotras al conde Ramiro?... No. Desde que se puso en relaciones con la esposa de...

ELENA Calla. ¡Y qué lástima de hombre! No he conocido otro más generoso.

VIC. ¿Y Perico López?

ELENA Otro que tal. ¿Y Víctor Aguado?

ALICIA Lo mismo.

ANG. Y como esos, otros cien y otros cien. Es lo que yo digo: antes había menos hipocresía, antes los hombres necesitaban una distracción y la buscaban entre nosotras. Ahora...

VIC. Ahora, la rebuscan entre las esposas de sus amigos.

ANG. Ni más ni menos.

ALICIA ¡Decimos que no hay hombres! ¿Sabeis por qué?

VIC. Porque nos les quitan las solteritas ociosas y las malas casadas.

ELENA ¡Como esas no piden dinero!

ALICIA Pues las prefieren aunque no sean tan guapas, ni tan agradables como nosotras.

VIC. ¿Pero quién iba á pensar que nuestro porvenir iban á echarlo á perder las mujeres decentes? (Todas ríen.)

ELENA (Mirando su reloj.) ¡Horror! ¡Las ocho y media!

VIC. A mí me aguardan á las nueve.

ELENA Y á mí.

ANG. Yo también me voy. (Todas se levantan.)

ALICIA (A Elena.) ¿Esperas á Juanito?

ELENA Sí, ¿y tú?

ALICIA Yo ceno con el marqués.

VIC. ¿Aquí?

ALICIA Sí. Cuando llamasteis creí que era él.

VIC. Yo también ceno en casa.

ANG. (A Alicia.) Me parece que tu marqués no viene.

ALICIA (Displicente.) ¡Y dale! Pues si no viene el marqués, vendrá Roberto. ¡Tanto monta!

VIC. ¿Pero á cuantos amigos esperas esta noche?

ALICIA A dos.

ANG. ¡Embustera! A tres...

VIC. ¡Y luego me llaman loca á mí!

ELENA (A Alicia.) Haces bien, hija mía. Parodiando una frase de Dumas, apropósito del matrimonio, podríamos decir que la vida es para la mujer una cruz tan pesada, que para llevarla necesitamos que nos ayuden tres hombres... Y á veces más ..

VIC. ¡Y con todos, nunca tenemos dinero! ¡Ea, vámonos!

ALICIA Adiós, preciosa. Vaya, adiós.

ELENA Adiós. (A Angeles.) ¿Usted se queda?

ANG. No, saldremos juntas.

ELENA (A Alicia.) ¿Vas mañana á Apolo?

ALICIA No sé todavía.

VIC. Vé, mujer.

ALICIA Ya veremos; ¿tienes palco?

ELENA Sí.

VIC. También hay que ir á Eslava. Preparan una inocentada estupenda.

ELENA Bien, adiós.
ANG. Hasta mañana.
ALICIA Adiós. (Suena el timbre.)
ANG. Tu marqués.
ALICIA O Roberto.
VIC. O un representante de las Islas Británicas. ¡Maldito archipiélago!... (Pausa.)
(Se oye un murmullo como de lucha, y el ruido de una silla que cae al suelo.)
CON. (Desde dentro y sin que haya enfado en su voz.) ¡Demonio de hombre! Estése usted quieto. ¡Estése usted quieto!
ALICIA Debe de ser Roberto.
VIC. Quien sea, trae prisa. (Todas avanzan un poco hacia el proscenio en actitud espectante.)

ESCENA VI

DICHAS y ROBERTO; viste gabán y sombrero de copa. Trae una zambomba descomunal

ROB. ¡Alicia!... ¡Mi Alicia!... (Toca la zambomba. Todas ríen.)
ALICIA ¡Es incorregible!
VIC. ¡Y pensar que tiene cuarenta años!
ELENA ¡Tocando la zambomba!... ¡Un diputado á Cortes!
ROB. (Entregando la zambomba á Ángeles con gravedad cómica.) Señora... ¿Pero vivís todas aquí?... ¿Estoy en Citeres ó en la isla de Itaca? ¡Yo pierdo el seso con la alegría! Permitidme, nuevo Telémaco, que os estreche sobre mi corazón.
(Las abraza con efusión exagerada.)
ELENA ¡Eres un botarate!
ROB. Que está loco por tí... y por tí... y por tí también.
VIC. Por todas.
ROB. (Siempre con ademán reposado y enfático.) Tú lo digiste, en dos palabras de suprema elocuencia. «¡Por todas!...» ¡Qué penetración tan admirable, tan rápida!... ¡¡Hijas mías!! (Vuelve á abrazarlas.)
VIC. (Tocando la zambomba.) ¡Música! ¡Música!

ROB. Y tú, Alicia...

ALICIA (Aparentando enfado.) ¡Déjame en paz!

ROB. Alicia la dulce, Alicia la cordera...

ALICIA Te digo que no me hables.

ROB. ¿Estás irritada conmigo?

ALICIA Mucho.

ROB. ¿Por qué?

ALICIA No tengo ganas de conversación

ROB. ¿Me despides así, tan secamente, porque en la penumbra del pasillo he cometido la ligereza de pellizcar á tu criada?

ALICIA ¡Ah! ¿Conque la pellizcaste?

ROB. Completamente.

ALICIA ¡Me encanta tu frescura!

ROB. ¿O es porque adivinas que vengo á decirte que no puedo cenar contigo?

ALICIA Sí que lo vas arreglando.

ROB. ¡Pobrecilla! Ya veo la mesa, la mesita blanca... con dos cubiertos: uno para tí, para mí el otro.

ALICIA Pues, la verdad, aunque sé lo zascandil que eres, te esperaba.

ROB. ¿Lo veis?... Me esperaba. ¿Lo oís?.. ¡Me esperaba! Y su corazón brincaba gozoso con mi recuerdo. ¡Pero, Señor! ¿Es posible que á mi edad se inspiren todavía pasiones así?

VIC. ¡Admirable!

ELENA ¡Demonio de hombre! ¡Revienta si habla en serio!

ALICIA ¿Pero te quedas ó no?

ROB. Imposible, Alicia.

ALICIA ¿Cenas en tu casa?

ROB. Sí.

ALICIA ¡Qué lástima!

ROB. Compadéceme. Un odioso banquete de familia.

ANG. Le compadecemos á usted.

ROB. Hay motivos: la esposa á la derecha, los suegros en frente... (á los suegros, ya es sabido, siempre les tenemos en frente) y repartidos alrededor de la mesa familiar, cuñadas, sobrinitas... ¡No quiero pensarlo! Pero, en fin, (Abrazando á Alicia.) mañana vendré...

ALICIA ¿Por la tarde?

ROB. Sí.
ALICIA ¿A las cuatro?
ROB. A las cuatro.
ALICIA ¡Pero suelta!... Hombre más pegajoso...
ROB. Vendré, vendré más enamorado de tí que nunca... y en tus ojos tomaré el desquite de lo que hoy he de sufrir. Hoy, mañana... es igual... ¿No es cierto?... ¡Igual! Con una mujer como tú, es Nochebuena todo el año.
VIC. (Riendo.) ¡Tiene razón!... ¡Delicioso!
ELENA ¡Música, música!
VIC. Va, va. (Repica la zambomba.)
ROB. Y con esto, me voy.
ALICIA ¿Sin ni siquiera sentarte?...
ROB. Imposible. Tengo un coche abajo y dentro del coche á mi mujer.
ALICIA, ELENA, VIC. ¡A tu mujer!
ROB. A la legítima.
ALICIA ¿Pero está loco?
ROB. De la cabeza á los pies.
ANG. ¡Sí que lo está!
ROB. La he dicho que aquí vivía mi abogado.
VIC. ¿Y para quién era la zambomba?
ROB. Para el hijo del abogado. He venido porque me moría de tristeza...
ELENA Se te conoce.
ROB. Porque yo me ahogo si no respiro, siquiera una vez al día, ese aire de tolerancia que se respira aquí. ¡Ea, salud!... (Hace ademán de irse.)
VIC. Oye...
ROB. Dí.
VIC. ¿Me llevas una noche al teatro?
ELENA Y á mí.
ROB. Mañana os espero en la Zarzuela.
VIC. Yo no voy á la Zarzuela.
ROB. ¿Por qué?
VIC. Porque le debo un palco á un revendedor.
ROB. Te pondré en paz con tu revendedor.
VIC. Pero de ir, ha de ser con mi novio.
ROB. ¡Ah! ¿Pero tienes novio?
ALICIA Y muy simpático.

VIC. Es actor.

ROB. ¡Malo!... En general todos los artistas son unos botarates.

ELENA Sí, que tú...

ROB. Les conozco; unos botarates aficionados al juego, al vino, á las mujeres... pero en el fondo ¡eso sí! buenas personas; ingenuos, generosos... ¡todo corazón!... Sí, llévale; yo disfruto viendo cómo se aman los demás.

ALICIA ¡Es un santo!

VIC. Más música. (Tocando la zambomba.)

ROB. (A Alicia.) Adiós, cuerpo bonito, carita de rosa.

ELENA Nos vamos todas.

ROB. ¡No será conmigo!

VIC. Será detrás de tí.

ROB. Eso es diferente.

ELENA Pierde cuidado; no te comprometeremos. Bajas delante.

ROB. Sí, dadme tiempo á que me suba al coche. ¡Adiós, gabinete inolvidable; mesa querida, adiós!...

ELENA } (Empujándole.) Anda, anda... ya has dicho bas-
VIC. } tantes tonterías.

ALICIA ¿Y la zambomba?

VIC. Me la llevo yo.

ROB. (Desde dentro.) Hasta mañana.

ALICIA Hasta mañana. (Detrás de Roberto salen Elena y Victoria.)

ANG. (Besando á Alicia.) Hasta mañana. Diviértete mucho.

ALICIA Adiós, Angeles. Te deseo una buena noche. (Un momento la escena queda sola.)

ESCENA VII

ALICIA, sola

¡Se marcharon al fin!... ¡Oh!... ¡Cuánta conversación... cuánto hablar de frivolidades que á una no la interesan! ¡Cuánto fingir! (Coge un periódico y se sienta delante de la chimenea. Atiza la lumbre. Mira el reloj de su pulsera.)

Las ocho y media dadas. ¡Qué tarde!... ¿No vendrá? (Lee.) Esperemos.

(Dentro y lejos, como en la calle, resuena un recio estrépito de zambombas, tambores, panderetas y almireces. Algarabía desacorde y sin ritmo, como de gentes que van borrachas.)

VOCES (Dentro.)

¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que hoy es Nochebuena!

UNA VOZ (Idem.)

En la garganta tienes
un lunarcito;
en la garganta quiero
darte un besito. (1)

(Y el coro repetirá á modo de estribillo:)

¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que hoy es Nochebueua!...

(Luego las voces cesan y el ruido de los instrumentos va debilitándose cual si se alejase por la calle. Ensáyese bien esto, porque de ello depende el encanto melancólico de la escena.)

ALICIA Noche triste, noche maldita... maldita, porque es de recuerdos... ¡Ay, mi madre! Y mis veinte años, mis años de ilusión... ¿dónde fueron? (Exaltándose.) Daría... ¡oh!... no sé qué daría por no estar sola... (Pausa. Suena el timbre del teléfono.) ¡Ah! Una voz que viene de lejos, un consuelo... (Maneja el aparato.) ¿Quién? ¿quién?... Perdone, Central. ¡Ah!... ¿Casino de Madrid?... Ya... ¿cómo?... más alto... no se oye... ¿qué dice?... Las portadas del periódico... ¿Eh?... ¿Pero usted cree que esto es una redacción? ¡Oiga usted, Central! Central... Central... (Apoyando el timbre. El timbre del teléfono vibra otra vez.) ¡Central!... ¡Ah!... ¿Es el Casino de Madrid? A ver si ahora nos entende-

---

(1) Conviene que esta Voz sea de mujer. La actriz encargada de cantar, puede elegir la copla y la tonadilla que guste.

mos... Bueno, bueno... bien. . usted perdone, Central, usted perdone... ¡Casino de Madrid! Sí, aquí es... ¿Con quién hablo?... ¡Ah, eres tú, Luisito! ¿Cómo estás?... Yo muy guapa... ¡Ja, ja, ja!... ¡No seas bruto!... ¿Eh?... Digo que no seas bruto. Bien. (Ríe.) Sí, recibí las botellas... muy buena marca. . no lo he probado aún, pero supongo que será excelente. Oye... oye... te advierto que te espero, tengo un apetito horrible... ¿Cómo? ¿Que no puedes venir á cenar conmigo?... ¿Cenas en tu casa?... Ya podías habérmelo dicho antes... ¡Evidentemente!... Eso no se hace... ¿eh? No, señor, no se hace, porque si tú tienes compromisos yo también los tengo... Si viene alguien le recibiré... ¡No faltaba más! No admito explicaciones. No las admito... Te vas al infierno... Ni quiero reñir ni dejo de querer; haz lo que gustes. No sé si podré... ¡que no sé si podré!...No, mañana no, y menos por la tarde... Sí... Adios... (Separándose del teléfono.) ¡Maldita sea!...(Apoya un timbre. Pausa.)

ESCENA VIII

ALICIA y CONSUELO

CON. ¿Llama usted?

ALICIA Dame de cenar.

CON. ¿Cena usted sola?

ALICIA Sola.

CON. ¿No viene el señor marqués?

ALICIA No.

CON. ¿Y el señorito Roberto?

ALICIA Tampoco.

CON. ¿Cómo? ¿Ha reñido usted con ellos?

ALICIA No.

CON. Entonces...

ALICIA ¿Qué quieres? El marqués está casado, Roberto también está casado... y los «señores» tienen que cumplir con la familia. ¿Sabes? ¡Ironías de la suerte!... Esta noche, la más

triste de todas las del año, es precisamente la única noche en que la fatalidad, que tiene cara de clown, nos obliga á dormir solas.

CON. Es verdad... sí...

ALICIA (Con gran apasionamiento.) Ya sabes cómo nosotras llamamos á los hombres que nos pagan... Siempre les desprecié con toda mi alma, siempre... Jamás comprendí que hombres discretos, hombres de mundo, pudiesen hallar contentamiento en la comedia de amor que nosotras, en su obsequio y por su dinero, representábamos. ¡Les creía imbéciles!... Pero no, no lo son; ahora les comprendo, y como les comprendo, les disculpo... ¡hasta piedad me inspiran!... Es que los infelices, en medio de su vivir ordenado, se aburren y sus pobres almas tiemblan de frío. No, ellos no creen en nosotras, pero lo fingen... y su propio fingimiento les distrae con el espejismo de un amor real... ¡Oh! Ahora como nunca comprendo su fastidio, su fastidio mortal... su miedo á estar solos... (Pausa. Consuelo permanecerá de pié, en actitud resignada. Alicia se dispone á leer un periódico.)

CON. Entonces, ¿quiere usted cenar ahora?

ALICIA Sí... sí... no tengo ganas; pero, en fin, cenaré... ¡Sola... qué rabia!

CON. ¿Quiere usted ostras?

ALICIA Sí. ¿Hay langostinos?

CON. También.

ALICIA Bueno; pues de todo un poco. ¡Hay que vivir!

CON. Los bocadillos de langosta tienen muy buena cara.

ALICIA ¡Vengan los bocadillos de langosta! (Se levanta y se sienta á la mesa. Suena un timbre.)

CON. ¿Será el señorito Ricardo?

ALICIA No le espero ahora. Que pase quien sea.

CON. ¿Si es un hombre?

ALICIA Como si es una mujer.

CON. (Risueña.) Con tal de que no sea un acreedor...

ALICIA (Impacientándose.) ¡Aunque sea un acreedor! No importa. ¡Aunque sea el verdugo! (Pausa. Consuelo sale y vuelve con una carta.)

CON. Tome usted.

ALICIA (Rompe el sobre.) ¡Oh!... ¡No viene! ¡Oh! ¡No viene! (Pausa.)

CON. ¿Una mala noticia?

ALICIA ¡Bah!... Sí... ¡No viene! (Aparte.)

CON. Presumo de quien es.

ALICIA Del señorito Ricardo.

CON. Del mismo. ¿No puede venir?

ALICIA No.

CON. Cena con sus padres, ¿verdad usted?

ALICIA Con sus padres. ¡Mala sombra!

CON. ¡Es natural, señorita! En una noche como esta, ya se sabe; la familia...

ALICIA ¡Claro! ¡La familia!... Y los que, como yo, rompieron con la familia para ser libres, cenan solos. (Pausa. Alicia permanece absorta.)

CON. (Suspirando con disimulo.) ¡Ay! (Pausa larga.)

ALICIA Consuelo...

CON. Señorita.

ALICIA ¿Tú también tienes familia?

CON. Sí, señorita.

ALICIA ¿Padre y madre?

CON. Madre nada más.

ALICIA ¿Y hermanos?

CON. Tres más pequeños que yo.

ALICIA Les querrás mucho...

CON. Mucho, sí, señorita, ¡figúrese usted!

ALICIA Claro; como yo querría á los míos... si no se avergonzasen de que yo les quisiera... (Pausa. Vuelve á leer la carta de Ricardo.) ¡No puede venir! ¡Qué fatalidad! (Pausa.) ¿Y tú, Consuelo, vas á cenar conmigo?

CON. Como la señorita disponga.

ALICIA No; ¿para qué sacrificarte?... Tú también tendrás gusto en cenar con los tuyos, ¿verdad?

CON. Antes iba á decírselo á usted: puesto que ni el marqués, ni don Roberto, ni el señorito Ricardo vienen... si no le hago á la señorita mucha falta...

ALICIA Ni poca ni mucha. ¡Para lo que he de comer!

CON. Puedo irme más tarde.

ALICIA (Levantándose.) No, tonta, vete ahora. Es igual... yo me serviré. Toma diez pesetas,

para que les compres algún juguete á tus hermanos.

CON. ¡Ay, muchas gracias, señorita!

ALICIA Llévate además todo el turrón que quieras.

CON. Muchas gracias.

ALICIA Llévate también la llave para que yo mañana no tenga que levantarme á abrirte. Anda, date prisa, que van á dar las nueve.

CON. Como usted quiera.

ALICIA Anda, anda...

ESCENA IX

ALICIA, sola

(Un momento permanece indecisa. Luego hace mutis y reaparece con dos platos que coloca sobre la mesa. Se sienta.) Cenemos.

(Vuelve á resonar en la calle estrépito de tambores, de panderetas y de voces.)

VOCES
Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir,
vente conmigo, serrana,
que me quiero divertir.

UNA VOZ
La niña que yo quiero
tiene una cama,
más blanca que las nieves
del Guadarrama...

CORO
¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que hoy es Nochebuena! (1)

---

(1) **Nota importante.**—Como el autor reconoce que la melancolía suprema de esta última escena es más para «sentida» que para «dicha», propone á la actriz encargada del papel de «Alicia» dos desenlaces. Uno: representar la comedia según aparece escrita. Otro: no bien el coro acaba de cantar, dejar la copa de champagne que iba á llevarse á los labios y, sin decir palabra, como quien no puede reprimir más tiempo su dolor, romper á llorar desoladamente, mientras el telón cae lento.

ALICIA ¡Qué estrépito! Si parece que va á hundirse la casa... En fin... una noche en que no necesito inventar conversaciones espirituales, ni fingir caricias, ni reirme sin ganas... ¡Nochebuena!... ¡Qué diablos! No sé de qué me quejo... Y en mi pueblo, los que se acuerden de mí, dirán: «¿Qué hará esa?» ¡Si me vieran!... (Descorcha una botella de champagne.) Bueno, bebamos; me emborracharé. El vino se lleva los recuerdos y una noche sin recuerdos... ¡Nochebuena! (Bebe. Otra vez resuenan tambores y almireces. Telón lento.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Diciembre 1908.

Obras de Eduardo Zamacois

NOVELAS

La enferma.—Punto-Negro.—Incesto.—Tik-Nay *(El payaso inimitable)*.—Loca de amor.—El seductor.—Duelo á muerte.—Memorias de una cortesana.—Sobre el abismo.—Noches satánicas.

CUENTOS

De carne y hueso.—Horas crueles.—Río abajo.

CRÍTICA

Desde mi butaca (*Apuntes para una psicología de nuestros actores*).—Impresiones de arte.—De mi vida.

Precio: UNA peseta